

EN PORTADA

El Estado tranquilo

BRASIL SE HA CONVERTIDO EN UN REMANSO DE SOLVENCIA INSTITUCIONAL EN SUDAMÉRICA. GANE QUIEN GANE LAS PRÓXIMAS ELECCIONES, LOS PROYECTOS DE CRECIMIENTO SE MANTENDRÁN

FRANCHO BARÓN

La reciente nominación por la revista *Time* del presidente brasileño, Luiz Inácio Lula da Silva, como el primero de la lista de los hombres más influyentes del planeta es el puro reflejo de la fulgurante trayectoria de Brasil, un país cuya historia más reciente parece inspirada en la biografía de su propio líder. Hace ya algún tiempo que Brasil y Lula son dos palabras indisolubles: ambas se alimentan mutuamente de un magma compuesto de éxitos económicos y proyección mediática que ha ido extendiéndose de manera imparable a lo largo y ancho del mundo. Quizá por esta razón, al ex tornero mecánico le gusta denominarse, de una manera algo mesiánica, “el hijo de Brasil”.

Ya pocos discuten que Brasil es uno de los países que mandarán en la escena internacional de los próximos años, incluso más que varias de las potencias occidentales que han mantenido su hegemonía durante las últimas décadas. Según todos los pronósticos, junto a China, India y Estados Unidos, el gigante sudamericano está destinado a marcar el paso de la economía mundial, a convertirse en una de las cinco economías más sólidas y productivas del planeta. Con sus casi 192 millones de habitantes, el merecidamente denominado gigante sudamericano ejerce un liderazgo real en el subcontinente, tanto político como económico. Brasil es la primera economía de América Latina, y esta supremacía se asienta en unas sólidas finanzas que representan el 57% de la riqueza de la región.

Mientras la crisis financiera sigue causando estragos en Europa y Estados Unidos, Sudamérica parece vivir prácticamente ajena a la debacle. Tan sólo durante el primer semestre de 2009 se pudieron apreciar en Brasil las consecuencias del temporal económico, con cifras negativas de crecimiento y una oleada

de despidos en el sector industrial. Lo que en aquel momento dejó atónitos a los brasileños fue la actitud serena de Lula, que insistía en que la crisis brasileña no alcanzaba el grado de “temporal”, sino que era más comparable con “una pequeña marejada”.

A principios de 2009, con medio mundo en quiebra y ante el estupear de sus detractores, Lula decidió prestarle al Fondo Monetario Internacional (FMI) 10.000 millones de dólares. De esta manera, Brasil pasó a formar parte del selecto club de donantes de la institución financiera y, por primera vez, el país sudamericano dejaba claro con hechos que su peso específico en el mundo no debe ser subestimado.

DESPEGUE

Brasil cerró el año con un levísimo crecimiento negativo (-0,2%), si bien las últimas proyecciones de los analistas difundidas por el Banco Central (BC) apuntan a un despegue de su economía de algo más del 6% en el ejercicio 2010. El Gobierno de Lula, algo menos optimista, cifra el producto interior bruto (PIB) de este año en algo más del 5%. El FMI bendice ambos datos y pronostica un ritmo de crecimiento intermedio del 5,5%. En todas las hipótesis, Brasil mantendría un PIB superior al 4% en 2011.

Sin embargo, estas alentadoras cifras no han evitado que algunas voces hayan lanzado recientemente un aviso para navegantes al Ejecutivo brasileño, alertándole de los riesgos de un recalentamiento de su economía. Después de varios años de bonanza y dinero a espuestas, el riesgo ahora es que Brasil pueda morir víctima de su propio éxito, alerta el FMI. Según el organismo, el país sudamericano debería tomar nota de experiencias pasadas y tener muy presente que los periodos de vacas gordas y crecimiento vertiginoso, si no se sabe frenar a tiempo, pueden dar paso a graves recesiones.

En el caso brasileño, varios de sus indicadores económicos comienzan a presentar síntomas inequívocos de recalentamiento: el real (la divisa brasileña) se mantiene desde hace más de un año en una situación de apreciación excesiva frente al dólar, según no pocos analistas. Hasta ahora, un real fuerte ha servido para estimular el consumo a todos los niveles, pero también ha impactado negativamente en la balanza comercial. De hecho, el superávit comercial brasileño durante los cuatro primeros meses de este año ha caído en 4.500 millones de dólares, en comparación con el mismo periodo de 2009. Los mercados ya pronostican que en 2011 la divisa brasileña se tendrá que depreciar sensiblemente, siempre en el marco de una política cambiaria que estriba en una fluctuación estable del real frente al dólar. Esta ha sido una de las claves del éxito de la actual política monetaria brasileña, atribuible al ex presidente Fernando Henrique Cardoso.

La reciente decisión del Banco Central de subir el tipo de interés básico hasta el 9,5% también trasluce la clara intención del Gobierno de frenar el acceso al crédito y, consecuentemente, enfriar un poco la vorágine de consumo que vive Brasil. Durante 2009, los tipos no hicieron más que bajar con el objetivo de reactivar la demanda en plena crisis: Brasil optó por una política expansiva, centrada en medidas de estímulo al consumo y el aumento del gasto público en políticas sociales e infraestructuras que fortalecieran el tejido productivo. Fue una decisión acertada a tenor de los resultados, aunque, según el FMI, ha llegado la hora de cambiar de estrategia y ser más cautelosos. Los economistas del organismo financiero también apuntan a un mayor rigor fiscal como estrategia para minimizar los riesgos de que se produzca un descalabro.

En cualquier caso, cuando se enumeran los logros principales de Bra-

En 2009, el país pasó a formar parte del selecto grupo de naciones donantes del Fondo Monetario Internacional

sil en los últimos siete años es indiscutible que las cosas van muy bien: 12,4 millones de nuevos empleos, un índice de paro del 6,8% en 2009 y unas cuentas razonablemente saneadas con una previsión de deuda pública algo por encima del 40% del PIB en 2010 y, según el Gobierno, cercana al 28% en 2014. Más de 24 millones de brasileños han abandonado la miseria y 31 millones han accedido a lo que se denomina nueva clase media, que ya abarca a más del 53% de la población. Pese a ciertas presiones inflacionistas detectadas a principios de este año, Brasil registra desde 2005 índices de inflación por debajo del 6% anual, garantizando de esta manera la estabilidad de los precios.

Mantener la inflación por debajo del 6% puede parecer a priori una meta poco ambiciosa, pero para nada lo es en un país donde hace poco más de dos décadas una hiperinflación desbocada sepultó una ya exigua capacidad de consumo de las clases más pobres (en 1993, la inflación alcanzó el 2.477%). No en vano, el país sudamericano obtuvo el año pasado el grado de inversión otorgado por las más acreditadas agencias de calificación crediticia: Moody's, Standard & Poor's y Fitch, una suerte de sello de garantía que se concede a los países que ofrecen seguridad a los capitales extranjeros. Esta combinación de datos extraordinarios era prácticamente impensable hace tan sólo una década.

Según un estudio elaborado por la consultora AT Kearney con la opinión de ejecutivos de las principales compañías del mundo, Brasil es en este momento el cuarto país favorito para invertir. Por delante se sitúan China, EE UU e India, lo que deja patente una vez más el auge económico que durante los últimos años experimenta el denominado grupo BRIC (Brasil, Rusia, India y China). La crisis económica se ha convertido en el argumento perfecto de Lula para exigir la



Imagen del presidente brasileño durante la presentación en Brasilia de los datos de deforestación de la Amazonia en 2009.

EWARISTO SA

reforma de los órganos de gobierno del Banco Mundial y el FMI. Según el líder brasileño, las potencias emergentes englobadas en el grupo BRIC están infrarrepresentadas en estas instituciones, que además considera obsoletas y nada representativas del nuevo orden planetario. Los líderes de Rusia, India y China apoyan plenamente a Brasil en esta cruzada. La estrategia del grupo, que considera que la crisis planetaria habría sido mucho peor sin su intervención, consiste ahora en pasarle la factura a Estados Unidos y Europa y, de esta manera, forzar los cambios.

Mientras la economía y el empleo crecen, el Gobierno brasileño sigue preocupado en atraer capitales extranjeros. Una misión que se torna más complicada a medida que el real se aprecia. Brasil ya no es un país tan barato para invertir, aunque siga siendo altamente rentable. Este año, el Ejecutivo de Brasilia ofrece oportunidades de negocio por valor de 29.200 millones de euros, centradas principalmente en la construcción de infraestructuras, como carreteras, líneas de ferrocarril, tendidos eléctricos y concesiones para trabajos de dragado en puertos. El presidente del Banco Central, Henrique Meirelles, adelantaba recientemente que en 2010 el volumen de inversión extranjera directa (IED) batirá un récord histórico. O al menos esa es la intención del Gobierno.

Varias razones han empujado al equipo económico de Lula a abrir aún más su mercado al capital extranjero. La reciente elección de Río de Janeiro como sede olímpica en 2016 ha supuesto un revulsivo para desatascar de manera irreversible varios de los proyectos de infraestructuras que llevaban tiempo olvidados en los cajones. Un buen ejemplo es el tren bala que ligará las ciudades de Río de Janeiro y São Paulo, contribuyendo a descongestionar las rutas de conexión aérea y terrestre entre las dos mayores metrópolis brasileñas.

Brasil también albergará el Mundial de Fútbol de 2014, algo que requerirá una mejora considerable del trazado de autopistas entre las principales capitales e instalaciones deportivas más modernas y adaptadas a un evento de repercusión planetaria.

El abanico de posibilidades que se ofrece a los inversores extranjeros también guarda relación con el Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC), el gran proyecto vertebrador de Brasil diseñado por el equipo de Lula. El programa, que por ahora está dando resultados extraordinarios, canaliza ingentes cantidades de dinero hacia mejoras en infraestructura, logística, energía y proyectos sociales en áreas urbanas. Un total de casi 200.000 millones de euros invertidos entre 2007 y 2010, que se materializan en 2.471 obras. El 55% ya ha sido concluido, el 32% aún está en ejecución y tan sólo el 13% se encuentra en proceso de licitación. Según Brasilia, durante este año se ejecutará el mayor volumen de obras previstas en el PAC, y además arrancarán los trabajos de las infraestructuras necesarias para el Mundial y los Juegos Olímpicos.

MÚSCULO FINANCIERO

El negocio del petróleo también es crucial para entender en qué momento se encuentra este país. Los permanentes hallazgos petroleros frente a los litorales de Río de Janeiro, São Paulo y Espíritu Santo apuntalan la tesis de que Brasil contará con la musculatura financiera necesaria para situarse entre los países más ricos del mundo. El Senado brasileño discute ahora un polémico marco legislativo para regular la explotación de las enormes bolsas de crudo de excelente calidad que se encuentran en el denominado presal, una zona submarina ultraprofunda situada bajo una gruesa capa de sal de dos kilómetros de espesor.

El principal problema radica en el reparto de los *royalties* procedentes

de la extracción de petróleo, algo que enfrenta a los Estados *productores* con el resto del país. Lula opina que la riqueza derivada del petróleo pertenece por igual a todos los brasileños, mientras que el combativo gobernador de Río de Janeiro, Sergio Cabral, exige compensaciones extraordinarias para su Estado por los riesgos ambientales que suponen los trabajos de perforación y bombeo de crudo. La gresca parece tan enquistada que todas las partes concuerdan en aparcar su resolución hasta después de las elecciones presidenciales, que se celebrarán el próximo octubre.

De cualquier manera, los expertos en energía coinciden en que el petróleo representa la gallina brasileña de los huevos de oro. El Gobierno pretende crear con su riqueza un nuevo fondo social para financiar proyectos relacionados con la educación, la erradicación de la pobreza y el desarrollo tecnológico y científico del país. En este sentido, Brasil quiere desmarcarse de otros países productores de crudo gobernados por regímenes de dudosas convicciones democráticas y escasos compromisos con el desarrollo social y los derechos humanos.

En octubre, los brasileños irán a las urnas para elegir a su próximo presidente. Dilma Rousseff, *mano derecha* de Lula y candidata del Partido de los Trabajadores (PT), mantiene el pulso con el socialdemócrata José Serra, hombre de larga y exitosa trayectoria política. Rousseff ya ha adelantado que pretende reforzar el papel del Estado y darle continuidad al legado de Lula. Serra, que no le quita méritos a la gestión del actual presidente, vende la idea de que Brasil tiene potencial para dar un nuevo salto y que él es el mejor candidato para afrontar ese reto. Lo curioso es que los programas de ambos candidatos coinciden en lo elemental, sin rupturas con el pasado ni sobresaltos. Es el verdadero secreto del éxito brasileño: se llama política de Estado.

La bendición de la estabilidad política

JUAN ARIAS

Los innegables logros económicos de los últimos 20 años en Brasil, que lo han convertido en uno de los grandes países emergentes del planeta, tienen un nombre: la estabilidad política, que se ha mantenido intacta, sin peligros golpistas. Se ha tratado de una bendición que ha permitido a la economía irse desarrollando lenta, pero segura, sobre todo desde los Gobiernos, primero, del socialdemócrata y economista Fernando Henrique Cardoso, fundador del PSDB, y después, del metalúrgico y sindicalista Luiz Inácio Lula da Silva, fundador del Partido de los Trabajadores (PT).

Simbólicamente, los últimos 16 años de los Gobiernos Cardoso-Lula, ambos en el área de la socialdemocracia, con Ejecutivos inclinados al centro, fueron, con su estabilidad política y la impecable transición de poderes, por ejemplo del intelectual Cardoso al tornero Lula, la clave también de la estabilidad y del crecimiento económico. Y lo seguirán siendo. Lula ya ha afirmado que, sea quien sea su sucesor, no pasará nada porque Brasil "es un país maduro democráticamente, en el que nadie quiere volver atrás".

Esa es la fuerza de Brasil en un continente como el latinoamericano, en el que tantas veces los terremotos políticos han anulado o comprometido la fuerza de sus economías. Precisamente para que no pudiera parecer una mancha en la democracia del país, Lula, a pesar de contar con un consenso del 83% de la población, prefirió no forzar un cambio de Constitución que le permitiese presentarse a un tercer mandato que habría ganado sin la menor duda. "La alternativa", dijo Lula, "es lo mejor para la democracia".

Cardoso, en sus ocho años de Gobierno democrático, con el Plan Real, aseguró la estabilidad de la moneda, acabó con la inflación de tres cifras y abrió la puerta a las inversiones extranjeras con las privatizaciones. Lula, que de él recibió el fajín de mando, prometió a los brasileños seguir por las sendas de la democracia y de la estabilidad económica. Lo ha hecho, fortaleciendo al mismo tiempo los programas sociales de distribución de renta. Los tres candidatos a sucederle, los tres pertenecientes a partidos progresistas (PT, PSDB y PV), ya han anunciado que continuarán la política de Lula para que Brasil "pueda aún crecer más".